

# ¿CÓMO CONTROLAR EL PODER ALEMÁN? MENDÈS FRANCE, MITTERRAND Y LA INTEGRACIÓN EUROPEA

JAVIER LION BUSTILLO  
(GEHA, Universidad de Cádiz)  
javlion@sevilla.uned.es

(Recepción: 22/02/2013; Revisión: 08/05/2013; Aceptación: 23/05/2013; Publicación: 06/06/2014)

1. INTRODUCCIÓN.—2. EL REARME DE LA RFA Y LA UNIFICACIÓN ALEMANA EN LA LITERATURA ACADÉMICA.—3. MENDÈS FRANCE Y EL DESAFÍO DEL REARME ALEMÁN.—4. MITTERRAND Y EL DESAFÍO DE LA UNIFICACIÓN.—5. LA POLÍTICA EUROPEA DE FRANCIA Y LA PREFERENCIA POR SOLUCIONES INTERMEDIAS.—6. CONCLUSIONES.—7. BIBLIOGRAFÍA

## RESUMEN

Desde el final de la II Guerra Mundial, hubo dos momentos en los que Francia debió afrontar un drástico reforzamiento del poder alemán: el primero se correspondió con el mandato como primer ministro de Pierre Mendès France, quien debió ocuparse del rearme de la RFA; el segundo momento coincidió con la presidencia de François Mitterrand, cuando se planteó la cuestión de la unificación alemana. Tradicionalmente se ha afirmado que la actitud francesa ante ellos habría tenido un carácter reactivo, siendo incapaz de ejercer una influencia significativa sobre los acontecimientos. No obstante, en los últimos años ha ido emergiendo una literatura que ha destacado la importancia de la contribución francesa a la evolución de la arquitectura institucional continental. En este trabajo se realiza un estudio comparado de la reacción de ambos líderes y su influencia en la integración europea. Sus conclusiones se acercan a la segunda visión, ya que Mendès France fue decisivo para afianzar el compromiso anglosajón con la defensa del continente, creándose una división del trabajo entre Comunidades Europeas y OTAN. Por su parte, la acción de Mitterrand sirvió para anclar más firmemente a la Alemania unida en Europa Occidental, si bien su capacidad de influir en los acontecimientos fue más reducida. Finalmente, en ambos momentos Francia puso en evidencia su reticencia al federalismo, prefiriendo soluciones intermedias. Estas aportaron a París una cierta autonomía de acción, lo que era coherente con su objetivo de conservar su estatus de potencia mundial.

*Palabras clave:* unificación alemana; rearme alemán; CED; Francia

## HOW TO CONTROL GERMAN POWER? MENDÈS FRANCE MITTERRAND, AND EUROPEAN INTEGRATION

### ABSTRACT

Since the end of World War II, there were two moments when France had to face a dramatic increase of German power: the first one corresponded to Pierre Mendès France's tenure as Prime Minister, who had to deal with German rearmament; the second moment was coincident with François Mitterrand's presidency, when the question of German unification was again on the table. Traditionally, it has been asserted that French attitude concerning these problems had been merely reactive and incapable of exerting any significant influence on the course of events. However, during the last years a new literature has emerged which emphasizes the importance of French contribution to the evolution of institutional continental architecture. In this article, there has been implemented a comparative study on the reaction of both French leaders and their influence on European integration. Its conclusions are closer to the latter view, because Mendès France was decisive to enhance the Anglosaxon compromise in the defence of the continent, with a division of labour between the European Communities and NATO. For his part, Mitterrand's action helped to anchor united Germany in Europe more closely, even though his ability to influence the events was narrower. Finally, France evidenced in both moments its reluctance towards federalism, and preferred intermediate solutions. These solutions provided Paris with a certain autonomy of action, a result that was coherent with its objective of preserving its world power status.

*Key words:* German unification; German rearmament; EDC; France.

\* \* \*

### 1. INTRODUCCIÓN

En la época contemporánea, la política exterior francesa se ha caracterizado por una evidente voluntad de liderazgo sobre el continente, que ha sido sin embargo cuestionada por la presencia de un vecino de la relevancia de Alemania. Desde el final de la II Guerra Mundial, los dos momentos en los que se planteó en París la necesidad de afrontar un drástico reforzamiento del poder alemán correspondieron al mandato como primer ministro de Pierre Mendès France (1954-55) y a la presidencia de François Mitterrand (especialmente entre 1989 y 1991). Al plantearse en el primero de ellos el rearme de la RFA y en el segundo la unificación nacional, las autoridades francesas se vieron en una situación en la que su compromiso con la integración europea quedaba claramente afectado por las nuevas circunstancias, con un notable cambio en los equilibrios de poder en el continente en detrimento de su país.

Tradicionalmente, la literatura académica ha puesto el acento en que las acciones de la diplomacia francesa en ambas situaciones habrían tenido un carácter

meramente reactivo, careciendo de una visión clara sobre los objetivos buscados y siendo incapaces de ejercer una influencia significativa sobre el curso de los acontecimientos. Por el contrario, en los últimos años ha ido emergiendo una literatura revisionista que ha destacado la importancia de la contribución francesa a la evolución de la arquitectura institucional continental. Al tratarse de dos momentos clave para el futuro de Europa, resulta especialmente relevante analizar cuáles fueron las características comunes y las diferencias de la actitud francesa en ambos procesos, ya que ello nos puede informar de la existencia de ciertos elementos de continuidad en la política de París hacia Alemania y Europa. Por ello, el objetivo de este trabajo radica en realizar un estudio comparado de las circunstancias históricas en las que tuvo lugar el rearme de la RFA (1954) y la unificación de los dos Estados alemanes (1990), explicando las respuestas dadas por Mendès France y Mitterrand, respectivamente, a ambos desafíos.

La estructura de este artículo es la siguiente: en primer lugar expondré las distintas líneas teóricas que han intentado explicar tanto la crisis de la Comunidad Europea de Defensa como la unificación alemana; a continuación, examinaré el contexto histórico del rearme de la RFA y la respuesta de Mendès France; en el siguiente apartado abordaré el marco histórico de la unificación alemana y la política hacia la misma de François Mitterrand; posteriormente, realizaré un análisis comparativo de ambos acontecimientos para, finalmente, extraer algunas conclusiones.

## 2. EL REARME DE LA RFA Y LA UNIFICACIÓN ALEMANA EN LA LITERATURA ACADÉMICA

La visión dominante en los estudios sobre la integración europea ha puesto el acento en el papel jugado en ella por Estados Unidos. De acuerdo con esta perspectiva, Washington sería el actor clave que con su intervención en los asuntos continentales habría eliminado la tradicional tendencia al conflicto entre las potencias de Europa Occidental, puesto que quedaba claro que ninguno de esos países podría albergar ya una voluntad hegemónica, la cual sería castigada por el aliado americano. Así, habría surgido una auténtica comunidad de seguridad euroatlántica, en la que sus miembros no temerían una posible agresión de sus socios, por lo que los procesos de cesión de soberanía a entidades supranacionales serían más aceptables. Además, Washington habría adoptado a menudo un papel de motor de la integración, fomentando entre sus aliados un proceso federalizante con vistas a que el mismo permitiera una recuperación económica rápida y la creación de un sistema defensivo capaz de disuadir cualquier agresión soviética. Desde este punto de vista, el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa (CED) mostraría una Francia que habría adoptado una política meramente reactiva y obstruccionista, lanzando el proyecto de la CED como una simple distracción para retardar el rearme alemán, lo que explicaría

por qué finalmente la propia Asamblea Nacional francesa derrotó el proyecto. Esta visión considera además que Mendès France habría sido responsable de ese fracaso al no hacer nada para obtener su aprobación, para luego claudicar ante las presiones norteamericanas, aceptando el rearme de la RFA en el seno de la OTAN, por lo que toda la querrela de la CED no habría tenido más efecto que el poner innecesariamente en peligro la alianza occidental y el debilitar la imagen de Francia (1).

Existe otra corriente que otorga sin embargo un papel mucho más relevante a la política de París. Así, distintos autores han subrayado la predisposición ideológica de distintos líderes franceses en favor de algún tipo de construcción europea que evitara la repetición de los tradicionales enfrentamientos bélicos en la búsqueda de la hegemonía. Esta nueva predisposición sería el resultado de un duro proceso de aprendizaje durante esos conflictos, que habrían quebrado seriamente la soberanía y la relevancia internacional del país (2). Otros estudiosos resaltan el papel europeo desde una perspectiva realista: en la Europa de posguerra habría una potencia dominante (la URSS), lo que habría conducido a los europeos occidentales a equilibrar ese poder mediante un acercamiento a Estados Unidos, optando además por sacrificar parte de su soberanía y acometer un proceso de integración. Y ello explicaría que en este último se eludieran las materias más sensibles como la defensa o las relaciones exteriores (3).

En el caso particular de la CED, hay quienes consideran que, aunque el impulso para rearmar a la RFA procediera de Washington, los sectores europeístas franceses habrían dado una respuesta concordante con sus ideas, que explicaría los elementos supranacionales del proyecto. Pero la precaria posición de estos grupos en el gobierno y su progresiva pérdida de influencia permitirían entender el fracaso de la CED (4). Por el contrario, autores realistas ven la política francesa hacia Alemania y Europa no como una reacción hacia las iniciativas norteamericanas, sino como el producto de un astuto proyecto tendente a hacer compatible la integración de la RFA en Occidente con el liderazgo francés en Europa Occidental, manteniendo un control efectivo de la cuestión alemana. La discrepancia entre Washington y París no estaría, por tanto, en el objetivo del rearme alemán, sino en cómo adaptarlo a las ambiciones políticas de Francia. En este sentido, la querrela de la CED habría tenido como resultado el hundimiento de un proyecto de federación europea apoyado por Washington, el cual, dada la debilidad de los países del continente, habría implicado un efectivo control estadounidense sobre la política de la Europa Occidental. Por el contrario, la solución alcanzada por Mendès France habría otorgado a su país

---

(1) JOFFE (1984). HOGAN (1987). LUNDESTAD (1998): 29-46. Sobre la oposición francesa a cualquier rearme de la RFA, HARRISON (1981): 7-13. LARGE (1996): 83-87.

(2) PARSONS (2003). BURGESS (2000): 64-76.

(3) HOFFMANN (1966). BAUN (1996). MILWARD (2000).

(4) PARSONS (2003): 231-237.

una mayor libertad de maniobra, la cual se pondría luego en evidencia con la llegada al Elíseo de Charles de Gaulle (5).

Por lo que respecta a la unificación alemana, el relato tradicional ha resaltado el papel de Estados Unidos como vencedor de la Guerra Fría, logrando el derrumbe del bloque del Este y arrancando a Moscú su aprobación a la unidad alemana, ante el disgusto de Londres y París, que habrían intentado un compromiso con Gorbachov para bloquear la unificación. La razón del obstruccionismo franco-británico habría sido que la unificación alteraba el sistema de la Guerra Fría, el cual les había otorgado una posición en el escenario internacional por encima de sus capacidades. En esta visión, la política francesa habría sido reactiva y caracterizada por la duplicidad, ya que mientras en público proclamaba el derecho de los alemanes a la autodeterminación, en privado Mitterrand habría llevado a cabo una actividad perjudicial para la unificación, bien con vistas a retardarla o incluso a bloquearla, llegando a considerar la posibilidad de crear una alianza (manifiesta o secreta) con Londres y Moscú (6).

Por el contrario, en los últimos años ha surgido también una corriente revisionista sobre este tema, basada en el acceso a una nueva documentación que nos aportaría la imagen de un Mitterrand que no habría intentado bloquear la creación de una Alemania unida, sino que habría trabajado con la obsesión de evitar que la misma destruyera el proceso de integración europea. De ahí que sus esfuerzos se dirigieran a reforzar dicha integración y a anclar en ella a la nueva Alemania, lo que se logró mediante el Tratado de Maastricht (7). Y si bien esta explicación se apoya en argumentos realistas, tampoco faltan los estudios que han resaltado la importancia de las ideas a la hora de entender la predisposición a aceptar la unificación alemana dentro de un ámbito institucional europeo reforzado (8).

### 3. MENDÈS FRANCE Y EL DESAFÍO DEL REARME ALEMÁN

La política exterior francesa a lo largo del siglo XX se ha caracterizado por el hecho de que conceptos como grandeza y poder han jugado un papel preponderante en lo relativo a la imagen de su propia posición en Europa y en el mundo (9). Pero este objetivo ha resultado muy difícil de cumplir, especialmente debido al obstáculo representado por Alemania, de tal suerte que esa lucha por el liderazgo europeo tuvo como consecuencia el estallido de conflictos que debilitaron seriamente a ambos. Tras el final de la II Guerra Mundial, las cir-

---

(5) HITCHCOCK (1998). CRESWELL (2002a). CRESWELL y TRACHTENBERG (2003).

(6) ZELIKOW y RICE (1995). JARAUSCH (1994): 30 y 88.

(7) SCHABERT (2009). BOZO (2007 y 2009).

(8) FORSBERG (2005). DYSON y FEATHERSTONE (1999). LION BUSTILLO (2009).

(9) KROTZ (2002): 10-12.

cunstancias eran diferentes, ya que serían los líderes de la coalición victoriosa (Estados Unidos y URSS) quienes tendrían en sus manos el destino del continente (10). Por entonces, Francia vivía un momento delicado desde el punto de vista de su seguridad, ya que la victoria final en la guerra no podía ocultar su debilidad militar, al tiempo que la conservación del imperio colonial resultaba cada vez más precaria en un mundo en el que su estatus como potencia resultaba dudoso. En definitiva, Francia tendría un pequeño espacio de tiempo que le debía permitir poner las bases de su futura seguridad, aprovechando la debilidad circunstancial de Alemania y la presencia de los aliados occidentales en Europa. Con el surgimiento de un fuerte clima de desconfianza mutua entre Washington y Moscú, y ante la superioridad convencional de la URSS, los occidentales buscaron su seguridad en la cooperación militar, plasmada en el Tratado de Washington (1949), que supuso la implicación de Estados Unidos en una alianza militar (la OTAN) que disuadiera cualquier agresión soviética (11).

En este entorno de Guerra Fría, Washington optó por la creación de la República Federal Alemana (RFA), que nació como un Estado dotado de una soberanía limitada, ya que las potencias vencedoras conservaban ciertos derechos, además de estar sometido a un régimen de desmilitarización. Pero la administración Truman deseaba que Europa Occidental fuera capaz en un corto espacio de tiempo de garantizar su autodefensa, con vistas a reducir al mínimo la presencia militar norteamericana, por lo que acabó por convencerse de que la única opción viable radicaba en rearmar a la RFA. Para Francia, esta perspectiva resultaba preocupante, ya que Washington parecía mantener un compromiso débil con la defensa de Europa, en un momento en que las autoridades de París estaban preocupadas tanto por la amenaza soviética como por un hipotético resurgir del revanchismo alemán. Una retirada masiva norteamericana podría indicar una propensión a desentenderse de los posibles conflictos en el interior de la Alianza Atlántica y a defender el continente solo con medios aéreos y nucleares (12).

En esas circunstancias, se buscaba por parte de los países occidentales un fortalecimiento europeo en sus dimensiones económica y militar. En el terreno económico, la respuesta de París (merced al proyecto de Robert Schuman) condujo a la creación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), que implicaba la aceptación francesa de instrumentos supranacionales si los mismos permitían garantizar su control sobre dos sectores de gran relevancia estratégica en los que tradicionalmente se había cimentado el poder alemán. Ello permitió que el proyecto fuera apoyado no solamente por políticos favorables a la integración europea, sino también por otros que simplemente deseaban

---

(10) WALKER (1999): 29-50.

(11) Sobre el temor francés a Alemania, véase MCCARTHY (1993): 1-10. Sobre el giro en la política francesa, HITCHCOCK (1998): 72-90.

(12) CRESWELL (2002B): 98-101. DWAN (2001): 144-146.

la consolidación del liderazgo francés en la Europa Occidental (13). Sin embargo, el tema del rearme de la RFA despertó fuertes debates en la clase política, que se mezclaron con las presiones de la administración Truman, en un momento en el que Francia era un Estado muy dependiente de la ayuda económica y militar de Washington. La propuesta norteamericana de que la RFA ingresara en la OTAN al tiempo que se establecía su rearme controlado suscitó fuertes críticas, ya que implicaba el riesgo de incrementar la capacidad de influencia de la RFA cuando se estaba negociando el Tratado CECA. El gobierno Adenauer podía tener la tentación de utilizar las condiciones favorables que le ofrecía Washington para recuperar su plena soberanía nacional, esquivando el control que Francia pretendía establecer con la CECA y arruinando el proyecto Schuman. Esto empujó al primer ministro René Pleven a contrarrestar la iniciativa americana con la propuesta de la CED, que implicaba la formación de un ejército europeo compuesto por unidades multinacionales (incluyendo tropas alemanas). Reino Unido rechazó rápidamente la posibilidad de participar en la iniciativa, por lo que los socios serían los mismos del proyecto CECA, de tal modo que el liderazgo inicial de Francia parecía asegurado. Ante la necesidad de compartir soberanía en un área tan delicada, la propuesta se completó incluyendo una estructura política que podía evolucionar hacia el federalismo, reflejada definitivamente en el Tratado CED (1952) (14).

Los políticos franceses eran sensibles a la presión estadounidense, pero se hallaban divididos en tres corrientes según sus visiones sobre la integración europea:

- Los federalistas y neofuncionalistas estaban dispuestos a crear instituciones supranacionales que limitaran la soberanía de la RFA, pero también la de los demás países participantes. Esta línea de acción era mayoritariamente defendida por los democristianos del MRP y buena parte de los socialistas, además de políticos centristas. La especial cercanía de algunos de ellos a los distintos gobiernos hizo que la influencia de esta visión fuera notable (15).
- Los partidarios de mantener intacta la soberanía nacional y de una política de dureza hacia la RFA se encontraban en todo el espectro ideológico, pero eran especialmente abundantes en las filas gaullistas y comunistas, considerando que la soberanía francesa no podía ser cedida a unas instituciones supranacionales, las cuales acabarían siendo controladas por Washington. Por otra parte, pensaban que Estados Unidos no proporcionaba las debidas garantías frente a un resurgimiento del revanchismo

---

(13) BITSCH (1987).

(14) LARGE (1996): 32-40. DINAN (2010): 23-29. La CED sería dirigida por una Alta Autoridad, bajo control de un Consejo de Ministros, pero el artículo 38 preveía la posibilidad de un desarrollo federal. DWAN (2001): 148-152.

(15) PARSONS (2003): 45-48.

alemán, al tiempo que si los proyectos federalistas triunfaban, Francia se vería privada de unas fuerzas armadas propias, lo que le arrebataría su autonomía de decisión y su posición de potencia mundial (16).

- Una vía intermedia, en la que se hallaban presentes un buen número de parlamentarios de un amplio espectro de partidos, pensaba que una apuesta por una Europa política resultaba prematura y que un co-liderazgo franco-alemán sobre la CED implicaba unos riesgos notables si se confirmaba que tanto británicos como norteamericanos tenían la voluntad de retirarse a medio plazo del continente. Por ello, preferían que los países de Europa Occidental se concentraran más bien en fórmulas de cooperación de tipo intergubernamental en las que debía quedar garantizado un firme compromiso anglosajón en la primera línea de la defensa, lo que conllevaba necesariamente la presencia permanente de sus tropas en Centroeuropa. Con respecto a la RFA, aceptaban que debía ser progresivamente incorporada a la comunidad occidental, pero en ningún caso ello debía privar a Francia de su autonomía de acción como potencia mundial (17).

Así, la visión que los distintos partidos tenían de la CED, de la relación con la RFA y de la construcción europea en general resultaba enormemente variada, existiendo además importantes fracturas dentro de algunos de ellos. A esto hay que añadir que la inestabilidad gubernamental fue una de las notas características de la IV República, con gobiernos de coalición que se sustentaban en mayorías parlamentarias muy precarias, por lo que un tema tan conflictivo como la CED podía constituir el factor que desencadenara su caída. De ahí que, a pesar de firmar el Tratado de la CED, los sucesivos gobiernos eludieran el llevar la ratificación del mismo a la Asamblea Nacional, con el consiguiente disgusto norteamericano (18).

La llegada al poder de Pierre Mendès France en junio de 1954 se dio en un momento en el que una mayor calma en el sistema internacional (fin de la Guerra de Corea, nuevo liderazgo en la URSS...) coincidía con una profunda crisis nacional, en la que el país se hallaba profundamente dividido en torno a la guerra en Indochina (que absorbía un enorme caudal de recursos) y el tema de la CED (que además provocaba la pérdida de prestigio de Francia ante sus aliados). La tarea de Mendès France consistió en abordar ambas cuestiones con vistas a cerrar las divisiones sociales existentes y permitir el fortalecimiento del Estado. Este partiría de la esfera económica, por lo que el conflicto de Indochina debía ser resuelto lo más deprisa posible, lo que se logró con los Acuerdos de Ginebra (julio, 1954). Con ello, Francia podría repatriar buena parte de sus

---

(16) *Ibid.*, pp. 48-50.

(17) *Ibid.*, pp. 50-52.

(18) Sobre la postura de los distintos partidos ante la CED, véase RISSO (2007). Sobre las tácticas dilatorias, GAVÍN MUNTÉ (2005).



efectivos militares (garantizando temporalmente su superioridad frente a las futuras fuerzas armadas de la RFA), además de precisar en mucha menor medida de la ayuda norteamericana (19). Pero la política de Mendès France se vio también fuertemente condicionada por la decisión de la administración Eisenhower de establecer una nueva doctrina estratégica para la OTAN (*New Look*), basada en el empleo masivo de armas nucleares para responder a cualquier ataque. Ello implicaba el riesgo de que las decisiones políticas occidentales al más alto nivel fueran tomadas solamente por las potencias nucleares, relegando a Francia a la marginación, por lo que el primer ministro se interesó por una opción militar nuclear francesa, lo que chocaba con el Tratado CED (20).

Mendès France había mostrado en el pasado una valoración compleja de la cuestión alemana y la integración europea. Con respecto a su vecino, nunca había respaldado una línea de dureza, pero en todo caso albergaba cierto temor a que la nueva RFA pudiera retornar a una política de poder. Por otra parte, su visión de Europa era favorable a una mayor cooperación continental en la que estuviera Reino Unido, pero desconfiaba de una Europa «carolingia» supranacional por limitar la libertad de acción francesa en política exterior, ya que pensaba que París sería incapaz de hacer frente de forma simultánea a sus compromisos internacionales, como líder de la Europa Occidental y como potencia colonial y mundial. Igualmente, consideraba que se debía aceptar el rearme alemán, pero en unas circunstancias que permitieran su control por parte de los vecinos occidentales. Finalmente, dicho control y la contención de la URSS exigían el compromiso firme y continuado de los aliados anglosajones, que debía quedar plasmado en textos vinculantes y no limitarse a vagas promesas (21).

La forma inicial de conciliar estos objetivos fue la solicitud a sus socios de añadir ciertas enmiendas al Tratado CED, que debían facilitar su aprobación en la Asamblea Nacional francesa. El contenido de las mismas se centraba en que las cláusulas supranacionales del mismo fueran suspendidas durante un periodo transitorio de ocho años, en que la integración militar afectara únicamente a las unidades estacionadas en la «zona de protección» (es decir, la RFA) y en que fuera posible desarrollar una fuerza nuclear francesa independiente. Pero estas reformas fueron rechazadas con firmeza (con el respaldo norteamericano) con el objetivo de obligar a Mendès France a usar su peso político para lograr la aprobación parlamentaria del Tratado. Ante esta negativa, el primer ministro francés optó por permitir la caída de la CED (22).

El rechazo francés desató un terremoto político en Washington, donde se culpó a Mendès France de haber hundido conscientemente el proyecto, al tiempo que

---

(19) Sobre el propósito de recuperar la grandeza de Francia a partir de una reforma interna que fortaleciera el país, MENDÈS FRANCE (1954): 55-56.

(20) DE KERCKHOVE VAN DER VARENT (1972): 367-372. SOUTOU (1989): 319-322.

(21) DE KERCKHOVE VAN DER VARENT (1972): 348-355 y 402-404. ELGEY (1968): 271.

(22) Protocolo de aplicación del Tratado que instituye la CED, adoptado por el gobierno francés el 13 de agosto de 1954. Recogido en *Documents diplomatiques français, 1954*. Anexos.

incluso se le acusaba de connivencia con Moscú. Estas críticas fueron también muy ácidas en las otras capitales europeas, que veían en Francia un socio excesivamente caprichoso y poco fiable, empeñado a toda costa en mantener un estatus de gran potencia que ya no le correspondía (23). No obstante, una política de discreto entendimiento entre París y Londres permitió delinear un proyecto alternativo de carácter intergubernamental, que debía hacer posible el rearme alemán en el marco de la OTAN. Este se basó en el ingreso de la RFA e Italia en la OTAN, lo que implicaba la reconstrucción de unas fuerzas armadas alemanas independientes, que se situarían dentro de la estructura militar integrada. Al propio tiempo, ambos países ingresarían en el Tratado de Bruselas, naciendo así la Unión Europea Occidental (UEO), dotada de unas estructuras de carácter intergubernamental que debían permitir el control del armamento de los países miembros. Por otra parte, las autoridades de Bonn se resignaron a aceptar una cierta discriminación, ya que Adenauer realizó una declaración en la que renunciaba «por el momento» a la fabricación y posesión de ciertos tipos de armamento pesado (misiles, bombarderos estratégicos...), además de al armamento nuclear, químico o bacteriológico, si bien dichas restricciones podían ser levantadas en el futuro. Todos estos aspectos quedaron plasmados en octubre con los Acuerdos de París, que ofrecieron en contrapartida a la RFA la recuperación casi completa de su soberanía (24).

La gran victoria alcanzada por Mendès France fue la plasmación del firme compromiso anglosajón para la defensa de Europa. Reino Unido fue consciente de que, para lograr la aprobación francesa, era preciso hacer un gesto decisivo en ese terreno, por lo que aceptó el otorgar una garantía por escrito del mantenimiento de al menos tres divisiones inglesas en el Rin. Por su parte, Washington se comprometió a asegurar la presencia de sus fuerzas de tierra en el continente. Con ello, Francia lograba apuntalar su seguridad frente a un resurgimiento del nacionalismo alemán, evitando quedar sola en la contención de un vecino poderoso (25). Y como punto final en su breve mandato, Mendès France ordenó la preparación de un proyecto de investigación tendente a que Francia fuera capaz de dotarse de una fuerza nuclear independiente que debía aportar al país una mayor seguridad y una considerable libertad de acción exterior, permitiéndole recobrar su estatus de potencia mundial. El objetivo de este instrumento sería el garantizar su participación en un directorio tripartito (junto a Estados Unidos y Reino Unido) que marcara la estrategia militar occidental, un propósito que constituiría la base de la futura política hacia la Alianza Atlántica en época gaullista (26).

---

(23) Cartas del secretario de Estado Foster Dulles a Anthony Eden, 14 y 18 de septiembre de 1954, recogidas en *Foreign Relations of the United States, 1952-54, Western European Security*, vol. 5, 2.<sup>a</sup> Parte, Washington D.C., Government Printing Office, 1986, pp. 1193 y 1227.

(24) RUANE (2002): 159-160.

(25) Reunión del Gabinete del Reino Unido, 30 de septiembre de 1954, CAB 129/71, C (54) 302, The National Archives, Kew. RUANE (2002): 166 y 173-174.

(26) SOUTOU (1989): 330.

De este modo, tras un penoso proceso de crisis interna que amenazó los cimientos de la Alianza Atlántica, el tema del rearme alemán pudo ser canalizado positivamente, otorgando a Francia un entorno de seguridad extraordinariamente positivo durante varias décadas, ya que el país se vio libre de amenazas directas a su territorio, pudiendo además compatibilizar su papel de co-liderazgo de las Comunidades Europeas con su vocación de potencia mundial.

#### 4. MITTERRAND Y EL DESAFÍO DE LA UNIFICACIÓN

Los años 80 se caracterizaron por un contexto inicial de retorno a las tensiones entre bloques y de incremento del pacifismo en la RFA. Esas circunstancias empujaron al presidente Mitterrand a realizar una política de concertación de sus acciones con sus socios atlánticos, pero sobre todo con la RFA, una vez que este país se iba mostrando no solo como una potencia económica, sino también como un actor político muy relevante. París deseaba controlar de forma estrecha ese creciente poderío, pero para hacerlo debía sacrificar parte de su independencia de acción, por lo que se optó por una cauta aproximación a Bonn mediante pequeños pasos que reforzaban la cooperación, al tiempo que se eludían unos compromisos demasiado rígidos. Así, el presidente Mitterrand y el canciller Kohl decidieron en 1982 revitalizar los Acuerdos del Elíseo, llenándolos progresivamente de contenido, además de desarrollar una acción concertada para profundizar la integración europea, para lo que se acordó impulsar el nombramiento de Jacques Delors como presidente de la Comisión Europea. Delors logró la aprobación de una reforma de los Tratados (Acta Única Europea), en la cual se avanzó en la toma de decisiones por mayoría en distintas políticas, además de codificarse las prácticas de la Cooperación Política Europea, si bien esta mantuvo un carácter intergubernamental. En el terreno económico, Mitterrand optó por asumir el modelo alemán de estabilidad, que sin embargo implicaba renunciar a la posibilidad de devaluar el franco para mejorar la competitividad, al tiempo que el país se veía forzado a recurrir a la emisión masiva de deuda para sufragar sus desequilibrios presupuestarios, convirtiéndose en muy vulnerable a las subidas de tipos de interés. De hecho, todas las economías de la CE se hicieron cada vez más dependientes de la política marcada desde el *Bundesbank*, por lo que surgieron voces que demandaban una moneda única que pusiera fin a esa asimetría. Esto se plasmó en el Plan Delors para la unión económica y monetaria, aprobado en el Consejo Europeo de Madrid (junio, 1989), que sin embargo suscitó gran oposición en el *Bundesbank*, por lo que la posibilidad de que viera la luz resultaba compleja (27).

No obstante, también hubo una cooperación estrictamente franco-alemana. Así, se crearon equipos de trabajo conjuntos que trataban temas como la pro-

---

(27) LORDON (1998). PADOA-SCHIOPPA (1994): 93-124.

ducción de armamentos, la cooperación militar y asuntos político-estratégicos, destacando la voluntad alemana de lograr una mayor definición francesa sobre su posible contribución ante un ataque sobre el territorio de la RFA (28). En definitiva, la política de Mitterrand hacia su vecino estaba caracterizada por el intento de mantener un equilibrio entre controlar la acción exterior de Bonn mediante un partenariado bilateral y mediante la profundización de la construcción europea, la cual debía además permitir que la CE aprovechara los momentos de menor tensión Este-Oeste para incrementar su papel en el mundo (sirviendo como vehículo de la influencia francesa). Junto a esto, era posible un acercamiento a Estados Unidos gracias al fortalecimiento del pilar europeo de la OTAN, pero este no debía llegar al extremo de permitir que Washington se desentendiera de sus obligaciones en el Viejo Continente ni tampoco implicar unos compromisos tan fuertes que supusieran un debilitamiento de la libertad de acción de Francia (29).

Pero la nueva política de Gorbachov y la crisis de la RDA en 1989 hicieron que el contexto internacional cambiara de forma súbita, implicando que un sistema basado en la estabilidad y el control de las superpotencias parecía ir dejando paso a un escenario menos predecible. De hecho, el orden surgido de la II Guerra Mundial había garantizado a París ciertas ventajas, por lo que su desestabilización generaba incertidumbre. Por otro lado, sin embargo, ese mismo orden había supuesto una limitación para la política exterior de París, puesto que el predominio de las superpotencias en el continente dejaba poco espacio para las iniciativas de otros actores. Este fenómeno era especialmente evidente en momentos de fuerte tensión Este-Oeste, por lo que ya De Gaulle expresó reiteradamente el deseo de que el sistema de la Guerra Fría fuera superado, pero sin que ello supusiera la vuelta a un entorno de anarquía y conflicto. De ahí que se precisara de la creación de un sistema de seguridad paneuropeo que fuera reemplazando el control ejercido por las superpotencias. Dentro de este contexto, De Gaulle consideraba la unificación alemana como algo aceptable, siempre y cuando los alemanes reconocieran la inamovilidad de la frontera Oder-Neisse, renunciando a cualquier reclamación sobre el territorio polaco. Mitterrand se convirtió en un claro heredero de esa visión gaullista, de tal manera que con las revueltas en los países del Este, el presidente francés recurrió a las ideas de su antecesor como marco de referencia para la acción diplomática (30).

---

(28) HEISBOURG (1998): 53-56. HOFFMANN (1987).

(29) LION BUSTILLO (2008): 34-35. HEISBOURG (1998): 55.

(30) MC CARTHY (1998): 101-109. HOFFMANN (1987): 373-388. SCHABERT (2009): 197-202. Sobre la actitud francesa ante la cuestión de las fronteras durante la Guerra Fría, véase «Position et déclarations françaises sur la réunification de l'Allemagne et la frontière Oder-Neisse», nota de la Subdirección de Europa Central del Ministerio de Asuntos Exteriores, redactada por G. Paul, 6 de abril de 1989. Disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/PKG8A.pdf>

En la narrativa tradicional hay abundantes afirmaciones sobre la honda preocupación que causaba en las élites gubernamentales de París la espiral de cambios en el Este y la posibilidad de que se reabriera la cuestión alemana (31). Sin embargo, distintos documentos que sirvieron para marcar la línea de acción de la diplomacia francesa de la época contradicen parcialmente esa visión. En los primeros meses de 1989, se aprecia en ellos un clima de optimismo, ya que comenzaba a vislumbrarse que el sistema de la Guerra Fría daba señales de un mayor dinamismo, lo que parecía favorecer la posición internacional de Francia, acostumbrada a aprovechar los resquicios de la bipolaridad. No obstante, también se detectaban riesgos, ya que las nuevas condiciones y la persistencia de la cuestión alemana habrían provocado el crecimiento de las ambiciones políticas de la RFA, las cuales podrían no casar bien con el marco comunitario, el cual era susceptible de ser percibido en Bonn como un obstáculo. Sin embargo, se consideraba que la mejor forma de conjurar este peligro consistía en una solución multilateral: París y Bonn deberían llevar a cabo una definición conjunta de una política de la CE hacia el Este, de manera que Francia mostrara a la RFA que era sensible a sus problemas (32).

Cuando en el otoño de 1989 la crisis de la RDA reveló su profundidad, la visión francesa de los acontecimientos siguió siendo predominantemente positiva, y si bien se pensaba que el canciller Kohl estaba mostrando una tendencia algo preocupante a utilizar la cuestión alemana como arma electoral, en general la impresión era la de que se trataba únicamente de gestos puntuales y de que evitaría correr riesgos que pusieran en peligro la continuidad de la distensión. El análisis del Quai d'Orsay proponía la necesidad de que Bonn y París acabaran con las tradicionales sospechas recíprocas (en Bonn se consideraba que las declaraciones francesas a favor de la superación de la división de Alemania y de Europa no eran sinceras, en tanto que en París se temía que la RFA podría un día renunciar a su anclaje en Occidente para alcanzar la unidad). Para ello, Francia debía promover activamente el fin del *statu quo* y la adopción de acuerdos de paz, lo que implicaría igualmente una acción positiva hacia el derecho de autodeterminación de los alemanes. Ese camino debía combinar esperanza para los jóvenes de la RDA, pero también garantías de mantenimiento de la paz, por lo que la elaboración del marco adecuado para su ejercicio pasaría por la participación tanto de las dos Alemanias como de las potencias aliadas. Pero dentro de estas condiciones, se aceptaba incluso la posibilidad de que si el deterioro de la situación en la RDA fuera demasiado rápido, «*que la France admit le principe de l'absorption de la RDA par la RFA, sous réserve d'une consultation populaire et d'un accord des garanties avec les Alliés*». Por lo que respecta a las fronteras, se subrayaba la ambigüedad del reconocimiento de la Línea

---

(31) ATTALI (1995).

(32) «La relation franco-allemande», nota de Jean-Marie Guehenno, jefe del Centro de Análisis y Previsión del Ministerio de Asuntos Exteriores, 30 de abril de 1989. Disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/PKG8D.pdf>

Oder-Neisse como frontera definitiva por parte de la RFA, por lo que serían necesarias plenas garantías para Polonia (33).

Este marco internacional para la unificación alemana tendría un doble carácter. Por un lado, el marco comunitario, basado en la continuidad de la cooperación franco-alemana, sería conservado con las necesarias adaptaciones. Por otro, era preciso desarrollar el marco paneuropeo, que debía tener en cuenta los deseos de Moscú de garantizar su seguridad, pero evitando (tal como quería el Kremlin) un simple mantenimiento del *statu quo*. Se trataba de que Francia fuera capaz de colaborar en la *Ostpolitik* de Bonn mediante su capacidad de diálogo con la URSS, persuadiendo a los dirigentes soviéticos de ir avanzando poco a poco en el camino de una seguridad paneuropea, dentro de la cual fuera posible igualmente la unidad alemana. Sin embargo, se atisbaban ciertos peligros en las intenciones del ministro alemán de Exteriores, H. D. Genscher, quien había expresado que el núcleo comunitario no sería sino una etapa intermedia hacia la expansión de la CE al Este, siendo en ese entorno donde tendría lugar la unidad alemana. En París, tales ideas suscitaban temores, ya que llevaban aparejados ciertos riesgos: la expansión al Este podría crear en Moscú una sensación de aislamiento, lo que provocaría su veto; pero si para evitar esto la CE se abría también a los intereses soviéticos, entonces la construcción comunitaria pasaría a depender de la voluntad del Kremlin; por otra parte, esa expansión territorial hacia países que probablemente serían neutrales en el futuro impedía una profundización en el camino de la unión política en el marco de la CE. Otro peligro se hallaba en las sugerencias de vincular la unificación alemana al progreso en el desarme, que podría afectar a la fuerza nuclear francesa, disminuyendo así el papel político que esta otorgaba a París. También se temía que el territorio de una Alemania unida quedara sujeto a distintas fórmulas de seguridad, lo que haría difícil el mantenimiento de esta como socio en el terreno de la defensa (34).

Entre tanto, la CE no llevaría a cabo ninguna ampliación, sino que profundizaría su integración económica y política, dando origen a una Unión Europea. A partir de 1992, se esperaba alcanzar un acuerdo sobre el reglamento de paz y la institucionalización de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, al tiempo que en ese marco sería posible la creación de una confederación alemana. Algunos años más tarde, la confederación alemana podría desembocar en un Estado unitario, surgiendo al mismo tiempo una confederación europea que abarcara al conjunto del continente. Según los planificadores del Quai d'Orsay, Francia debía tomar la iniciativa, existiendo una primera ocasión para

---

(33) Esta visión positiva era característica del consejero presidencial Hubert Védrine. BOZO (2009): 85-90. Ver también «Réflexions sur la question allemande», Documento de trabajo redactado por Jacques Blot, director para Europa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, 30 de octubre de 1989, pp. 2-23. Disponible en [http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document\\_Acrobat3.pdf](http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document_Acrobat3.pdf) blot oct89

(34) *Ibid.*, pp. 41-45.

ello, la visita de Mitterrand a la RDA. Precisamente, lo más relevante es que estas ideas constituyeron las directrices básicas que el presidente de la República siguió en su política. Las mismas se encontraban dentro de la tradición gaullista, apuntando no a un mantenimiento del *statu quo*, sino a un cambio progresivo del mismo con París ocupando un lugar clave en la preparación del nuevo sistema (35).

Sin embargo, pronto se puso en evidencia que los acontecimientos en la RDA tenían lugar a un ritmo que sobrepasaba con creces las previsiones de los estrategias del Quai d'Orsay. Tras la caída de Erich Honecker, la decisión a comienzos de noviembre de 1989 de abrir la frontera interalemana no hizo más que incentivar el éxodo de población, lo que ponía en serio riesgo la viabilidad del propio Estado. La respuesta de Bonn fue de extrema cautela, ya que en la Cancillería se deseaba evitar tanto una crisis de grandes proporciones (que entrañaba riesgos para la paz) como el contribuir a la consolidación del régimen de la RDA. Esa misma cautela predominó también en las reacciones de las distintas potencias, incluyendo a Francia, que por un lado se felicitó de la ola de libertad que llegaba a las calles de la RDA, pero recordando igualmente la importancia de la conservación del concepto de equilibrio de poder en Europa, el cual suponía la auténtica garantía para la paz. Con respecto al resurgimiento de la cuestión alemana, las declaraciones de Mitterrand se centraron en la idea de que, si por una parte las fronteras europeas debían ser mantenidas, la frontera interalemana poseía un carácter especial, ya que separaba a un mismo pueblo, estando destinada a ser superada a medida que la libertad se extendiera por Europa. Pero ello no podía hacer olvidar las realidades existentes, por lo que el fin de la división interalemana debería enmarcarse en el cambio previo y progresivo del orden de posguerra (36).

Esta fidelidad a la herencia gaullista en el tema alemán estaba bastante extendida entre las élites francesas, concitando un apoyo mayoritario, si bien surgieron voces que criticaban a Mitterrand desde distintos puntos de vista:

- Por un lado, se encontraban aquellos que reprochaban al presidente el que su política estaba impregnada de prejuicios del pasado, lo que creaba desconfianza en Bonn, pareciendo que Francia buscaba deliberadamente la consolidación de la RDA y la ralentización de la unidad alemana. Por el contrario, era preciso que París emitiera una clara señal de apoyo a Kohl en sus decisiones, profundizando la integración europea, lo que debería garantizar la pervivencia de la amistad franco-alemana. También cabe destacar la actitud de Jacques Delors, quien abogaba por respaldar la política de Bonn, siempre y cuando Kohl garantizara que la misma no supondría un freno para la unidad europea, sino que la facilitaría. Ello implicaba levantar los frenos que desde Bonn se habían establecido sobre la

---

(35) *Ibid.*, pp. 46-59.

(36) SCHABERT (2009): 225-227.

unión monetaria europea, fijando ya una fecha de inicio para la conferencia intergubernamental que debería plasmarla en los Tratados (37).

- Por otra parte, políticos como Charles Pasqua, Michel Debré o Jean-Pierre Chevènement creían que la RFA estaba llevando a cabo un doble juego, ya que mientras realizaba afirmaciones europeístas, en realidad estaba dispuesta a llegar a los compromisos precisos con Moscú con vistas a alcanzar la unidad nacional. Una vez lograda esta, la nueva Alemania se convertiría en el líder del continente, en tanto que Francia iría cayendo en una creciente irrelevancia. Por ello, París debía ser más estricto en la supervisión de los acontecimientos (38).

La decisión del canciller Kohl de presentar unilateralmente ante el *Bundestag* su Plan de Diez Puntos sobre la cuestión alemana provocó un gran estuor entre los dirigentes franceses, debido no tanto a su contenido como a las omisiones de temas relevantes y al hecho de que mostraba una preocupante tendencia al unilateralismo. En cuanto a las omisiones, estas se centraban en cuatro aspectos: las alianzas militares, las fronteras, los derechos de las Cuatro Potencias y el calendario del proceso. Con respecto a las alianzas, Kohl no definió la futura relación de la Alemania unida con la OTAN, lo que provocaba en Francia el temor a una neutralización como precio a pagar por la unidad. En ese caso, la OTAN perdería su papel de contención sobre Alemania, lo que dañaba la seguridad de Francia ante un vecino que sería menos previsible (39). El segundo contencioso era el relativo a las fronteras, especialmente el espinoso asunto de los límites con Polonia. Mitterrand puso gran énfasis en la necesidad de un reconocimiento nítido de la frontera Oder-Neisse de forma previa a la unificación, ya que era visto como la garantía de que Alemania cerraba la puerta a cualquier tentación revisionista. Otro punto de discordia era el relativo a los derechos de las Cuatro Potencias, los cuales seguían estando vigentes en ausencia de un tratado de paz, y que incluían la necesidad de contar con su visto bueno para la unidad alemana (40). Por último, Kohl prefirió no comprometerse con un calendario que pudiera restarle margen de maniobra, lo que hacía sospechar en París su deseo de acelerarlo (41).

Pero lo que de verdad generó una mayor preocupación en Francia fue el hecho de presentar el Plan sin consultarlo previamente con París, surgiendo suspicacias respecto a que Kohl (a pesar de su discurso moderado), pudiera al-

---

(37) TRÉAN, CLAIRE, «En terminer la brouille franco-allemand», *Le Monde*, 21 de marzo de 1990. Sobre la posición de Delors, LUDLOW (2008): 163-167.

(38) DEBRÉ, MICHEL, «Quand Rapallo peut remplacer Yalta», *Le Monde*, 14/11/1989. CHEVÈNEMENT (1996).

(39) «Mitterrand Softens Attitude Toward NATO Swift», *The Times*, 18/12/1989. MITTERRAND (1996): 242. LION BUSTILLO (2008): 51.

(40) MITTERRAND (1996): 242. Nota n.º 3258/EU del director para Europa, Jacques Blot, 5 de diciembre de 1989. Disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/PKG14A.pdf>

(41) TELTSCHIK (1994): 63 y 70. GENSCHER (1998): 306.



bergar el deseo de agravar la crisis de la RDA para así favorecer la unidad nacional, aun a costa de generar riesgos para la paz. Por otra parte, ese temor se derivaba de que, en un momento crítico, las autoridades de Bonn parecían estar adoptando una deriva unilateralista, lo que hacía pensar si la anterior propensión de la RFA hacia el multilateralismo no era sino el fruto de un cálculo estratégico para obtener la unidad nacional. De hecho, para algunos analistas franceses el principal peligro de la nueva situación no radicaba en una Alemania unida decidida a adoptar una posición hegemónica en el terreno militar, sino más bien en la posibilidad de que Bonn intentara ganarse la voluntad de Moscú debilitando sus vínculos con Europa Occidental, al tiempo que desarrollaba nuevos lazos con el Este. En definitiva, si hasta entonces Francia había controlado a la RFA a través de su asociación, este instrumento parecía cada vez menos útil en esa tarea (42).

Por su parte, las visitas de Mitterrand a la RDA y a la URSS en diciembre de 1989 siguieron los parámetros trazados por el Quai d'Orsay, pero la aparente frialdad del presidente en sus intervenciones sobre la cuestión alemana y su tendencia a recordar las obligaciones que los alemanes debían cumplir antes de alcanzar su unidad, crearon en la RFA la sensación de que el Presidente jugaba un doble juego. Así, mientras aceptaría retóricamente la unidad alemana, pero posponiéndola para un lejano futuro, buscaría de forma discreta un entendimiento con Moscú que consolidara la RDA. Este malestar fue ampliamente recogido en la prensa alemana e internacional, construyendo la imagen de un Mitterrand férreamente opuesto a la unificación. Sin embargo, sus conversaciones con los líderes comunistas más bien lo que indican es una comprensión por algunos de sus puntos de vista, pero eludiendo cualquier compromiso (43).

La diplomacia francesa trató de poner a prueba la voluntad de Bonn con respecto a su compromiso con Europa Occidental mediante el recurso a impulsar al máximo el tema de la unión económica y monetaria, la cual carecía de un calendario preciso, lo que hacía pensar en París que Kohl buscaba excusas para demorar dicho proceso. De ahí que el Consejo Europeo de Estrasburgo (diciembre de 1989) se dedicara por parte francesa a fijar el comienzo de una conferencia intergubernamental en 1990, lo que trató de ser evitado por Kohl, que prefería posponerlo hasta después de las elecciones de diciembre de 1990 en su país. Finalmente, hubo un compromiso sobre su inicio en 1990, pero sin aclarar las fechas, lo que dejaba moderadamente satisfecha a Francia. A cambio, la RFA logró una declaración de apoyo al derecho del pueblo alemán a decidir su futuro, si bien Kohl experimentó las presiones de la mayoría de sus socios para que reconociera la intangibilidad de la Línea Oder-Neisse de manera inmediata,

---

(42) LELLOUCHE (1990): 100.

(43) FAVIER y MARTÍN-ROLAND (1996): 222-223. Ver también telegrama de la embajada francesa en Bonn «Réactions de la presse aux déclarations du Président de la République sur l'avenir de l'Allemagne», 6 de noviembre de 1989. Disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/PKG132.pdf>

lo que este eludió, prometiendo que el mismo se daría tras el establecimiento de una Alemania unida. Finalmente, la Cumbre supuso el lanzamiento de la iniciativa francesa de confederación europea, destinada a crear un marco de cooperación que englobara al conjunto del continente. Esto debía permitir estrechar los lazos con la Europa Oriental si bien evitando una ampliación de la CE, que probablemente disminuiría el peso de Francia y que complicaría el proceso de toma de decisiones (44).

Pero la situación en la RDA a comienzos de 1990 precipitó los acontecimientos, haciendo inútil el intento francés de hacer avanzar en paralelo la unidad alemana y la europea. El éxodo de población hacia el Oeste no dejaba de crecer y cualquier posibilidad de reconstrucción económica pasaba por una ayuda que solo Bonn podía prestar. Kohl consideró que la única solución viable radicaba en hacerse cargo de la economía de su vecino, lo que podría alcanzarse mediante una unión económica y monetaria interalemana, que además empujaría al electorado germano-oriental en favor de la CDU. Esta oferta cogió nuevamente por sorpresa a París, que veía cómo las tradicionales reticencias de Bonn a la unión monetaria europea desaparecían en este caso, a pesar de que las condiciones económicas de la RDA eran mucho menos apropiadas para ese paso. Por su parte, el gobierno francés fue comprendiendo que la RDA se estaba hundiendo y que su población iba desplazando sus preferencias políticas hacia la idea de una rápida unificación, hecho reflejado claramente en el triunfo de la CDU en las elecciones de marzo en la RDA, momento a partir del cual los destinos de ambas Alemanias quedaron en manos de Kohl (45). Mitterrand había optado ya en febrero por adaptar su posición a las nuevas circunstancias, llegando a un compromiso con Kohl por el cual Francia facilitaría la unidad alemana bajo el paraguas de la CE a condición de que Kohl mostrara una decidida voluntad de profundizar la integración europea, especialmente en el terreno de la unión monetaria, por lo que ambos impulsaron la celebración de un Consejo Europeo extraordinario en abril que abordara esas cuestiones (46).

Sin embargo, esa aceptación de una aceleración de la unidad alemana no implicó por parte de París la renuncia a que sus puntos de vista fueran tomados en cuenta. Así, en el terreno de las alianzas militares, Mitterrand deseaba evitar a toda costa un acuerdo que supusiera la neutralización de toda o de una parte de la futura Alemania unida. Por otro lado, consideraba que resultaba deseable la permanencia durante un periodo transitorio de esas alianzas, lo que daría satisfacción a la URSS (reforzando la posición de Gorbachov) y garantizaría la

---

(44) FAVIER y MARTÍN-ROLAND (1996): 235-236. TELTSCHIK (1994): 97. DIEKMANN y REUTH (1997): 175-176. Comparecencia del ministro de Exteriores, Roland Dumas, ante la Comisión de Exteriores de la Asamblea Nacional, 3/01/1990, recogida en *Politique Étrangère de la France*, n.º 1 (enero-febrero), 1990, pp. 12-13. LION BUSTILLO (2008): 59.

(45) MARSH (1994): 52-86. DIEKMANN y REUTH (1997): 218-228.

(46) Rueda de prensa conjunta de Kohl y Mitterrand, 15/02/1990, recogida en *Politique Étrangère de la France*, n.º 1, 1990, pp. 101-102. DIEKMANN y REUTH (2007): 261-264.

paz. Al mismo tiempo, para Francia era útil la idea de conservar la estructura de la OTAN, la cual otorgaba continuidad a la vinculación norteamericana con la defensa de Europa Occidental, además de evitar cualquier tentación hegemónica por parte de una potencia continental. Pero esa continuidad no debía implicar el otorgar a dicha organización un mayor papel político, ya que ello supondría elevar la influencia norteamericana en los asuntos europeos. Además, las propuestas alemanas tendentes a calmar las inquietudes de la URSS mediante un impulso al desarme causaban también temor entre los dirigentes franceses, puesto que podían suponer una presión para disminuir la fuerza nuclear francesa. La necesidad de disponer de un marco para la negociación de estas cuestiones fue planteada no solo por Francia, sino por el conjunto de las Cuatro Potencias, lo cual fue percibido en Bonn como un intento por parte de estas de controlar la evolución de los acontecimientos. Sin embargo, la necesidad de lograr ese apoyo exterior condujo a Kohl a aceptar la creación de la denominada «Conferencia 2+4», un marco institucional en el que ambas Alemanias y las Cuatro Potencias negociarían los aspectos externos de la unificación. Sin embargo, la práctica posterior demostró la tendencia de Bonn a llegar a acuerdos en conversaciones bilaterales con Washington y Moscú, a quienes consideraba los actores clave (47).

Un último punto de fricción entre París y Bonn fue el de la cuestión del reconocimiento de la intangibilidad de la frontera germano-polaca, sobre el cual el presidente Mitterrand insistió repetidamente, al tiempo que las consideraciones electorales del canciller Kohl le hacían mostrarse esquivo. Francia exigía el reconocimiento de esa frontera mediante un acto jurídico de validez internacional que implicara a las Cuatro Potencias; ambos parlamentos alemanes debían respaldar ese reconocimiento de manera inmediata, antes de la unificación; y ese acto no quedaría condicionado por ningún tipo de litigio pendiente. Esa posición francesa alcanzó su cenit con la recepción que Mitterrand otorgó a su colega polaco Jaruzelski el 9 de marzo, respaldando el que Polonia participara como asociada en aquellas reuniones de la Conferencia 2+4 en las que se trataría el tema fronterizo. Todo esto causó gran disgusto en Bonn, pero también hizo que los ministros liberales presionaran al canciller para que dejara zanjada de una vez la cuestión, amenazando con dimitir de no ser así. Esta combinación de presión exterior e interior hizo que Kohl variara su postura, a lo que también contribuyó el triunfo de la CDU en las elecciones de marzo en la RDA. El canciller había demostrado ya a los sectores más nacionalistas que había hecho lo posible por eludir el reconocimiento de la Línea Oder-Neisse, pero si se desea-

---

(47) Sobre los temores de Francia, véase la intervención del ministro Roland Dumas ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, 1/02/1990, reproducida en *Politique Étrangère de la France*, n.º 1 (enero-febrero), 1990, pp. 71-72. MITTERRAND (1996): 250. Sobre la creación de la Conferencia 2+4, DUFOURQ (2000): 468-470. Sobre la sensibilidad francesa ante el desarme nuclear, nota de Marc Perrin de Brichambaut a Hubert Védrine, 1/03/1990. Recogido en [http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document\\_Acrobat7.pdf](http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document_Acrobat7.pdf)

ba alcanzar la unidad alemana, era preciso pagar el precio de renunciar a los territorios perdidos (48).

En estas condiciones, Mitterrand entendió que las ideas de Delors en torno a facilitar la unificación alemana bajo el paraguas europeo cobraban gran interés, una vez que el derrumbe del bloque oriental hacía inviable la estrategia francesa de cambios paso a paso, al tiempo que el acercamiento entre Bonn y Moscú hacía pensar en la posibilidad de que ambos alcanzaran algún tipo de compromiso (49). Por tanto, era importante que París colaborara en ese proceso, no conduciendo a Bonn a escoger entre la unificación y sus vínculos comunitarios. La plasmación de esta línea de acción se dio en la Cumbre extraordinaria de Dublín (abril de 1990), en la que las instituciones comunitarias mostraron un esfuerzo por adaptar el marco de integración a las necesidades de Bonn en su proceso de unidad nacional. Por un lado, la CE hizo posible la idea de Kohl de llevar a cabo una unión económica y monetaria interalemana; por otro, facilitó enormemente el que la unificación alemana tuviera lugar mediante el recurso al artículo 23 de la Ley Fundamental de Bonn, que implicaba la ampliación de la RFA a través de la anexión de nuevos territorios, evitando el debate y la aprobación de un nuevo texto constitucional (50).

Tras esto, solo restaba la aprobación de Moscú, con lo que la política de Mitterrand consistió en tratar de influir sobre Gorbachov para hacerle ver que en unos momentos en los que el poder soviético se tambaleaba, sus intereses estarían mejor protegidos mediante un Occidente fuerte que controlara la estabilidad continental más que mediante un sistema paneuropeo en el que la Alemania unificada se convirtiera en un actor cada vez más independiente. De ahí las sugerencias del presidente francés en el sentido de que Moscú abandonara su exigencia de que la nueva Alemania adoptara un estatus especial en el terreno de la seguridad. Lo cierto es que los acuerdos del Cáucaso entre Kohl y Gorbachov no recogieron ningún aspecto que pudiera ser considerado claramente negativo para Francia, al tiempo que la unificación alemana bajo para-

---

(48) LION BUSTILLO (2008): 75-78.

(49) La visión predominante entre la diplomacia francesa era que tras la visita de Kohl a Moscú en febrero de 1990, la actitud soviética hacia la unificación había experimentado un viraje hacia posiciones de compromiso, otorgando gran importancia al futuro de su relación económica y política con Alemania. Véase «L'URSS et les relations Est-Ouest», nota de la embajada francesa en Moscú, 14 de mayo de 1990, pp. 4-10. Disponible en [http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document\\_Acrobat15.pdf](http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document_Acrobat15.pdf). La sugerencia de que la RDA ingresara en la CE a través de la ampliación de la RFA fue ya comentada por Delors y Genscher en enero. Véase telegrama de la embajada francesa en Bonn «La Communauté Européenne et la RDA: déclarations de M. Genscher», 15 de enero de 1989. Disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/PKG8B.pdf>

(50) Comisión de las Comunidades Europeas, «La Comunidad Europea y la unificación alemana», *Boletín Oficial de las Comunidades Europeas* (Suplemento 4, 1990), Luxemburgo, Oficina de Publicaciones de las Comunidades Europeas. ANDERSON (1999): 33-37.

guas europeo pudo ser llevada a cabo con gran celeridad (51). Además, Mitterrand logró que Kohl aceptara fijar las fechas de las distintas fases de la unión monetaria europea. No obstante, el canciller exigió a su vez que se diera una conferencia intergubernamental paralela en el terreno de la unión política: esto era aceptable para Francia solo en la medida en que la misma no implicara una excesiva profundización del federalismo, especialmente en áreas sensibles (52).

Los resultados de ambas conferencias y de la Cumbre de Maastricht resultaron notablemente positivos para Mitterrand. Así, aunque la unión económica y monetaria se creaba en un marco de convergencia macroeconómica de acuerdo con las exigencias alemanas, París ya había dado por inevitable esa precondición, pero al menos contaba con un calendario y una visión que permitía una unión amplia, y no una restringida a los países del Norte, tal como deseaba el *Bundesbank*. Con respecto a la vertiente política, Mitterrand logró un avance de carácter intergubernamental en terrenos como la PESC o los asuntos de Justicia e Interior, de manera que se creaba un núcleo de cooperación política cuyos resultados eran modestos, pero en el que el requisito de la unanimidad aseguraría a Francia el seguir manteniendo una gran libertad de acción. En definitiva, se había obtenido un progreso notable en el área que Francia deseaba, pero sin sacrificar su papel de potencia mundial (53).

##### 5. LA POLÍTICA EUROPEA DE FRANCIA Y LA PREFERENCIA POR SOLUCIONES INTERMEDIAS

Durante la posguerra, en el continente europeo se configuró un sistema de Estados en el cual la paz y la estabilidad quedaron garantizadas por las dos superpotencias. No obstante, hubo dos momentos de cambio de especial entidad, en los cuales se percibió la existencia de unas condiciones estructurales que conducían a un reforzamiento del poder alemán. Así, a comienzos de los 50 el clima de la Guerra Fría empujaba a los norteamericanos a rearmar a la RFA, mientras que en 1989, el derrumbe del bloque oriental y de la RDA favorecía el avance hacia la unidad alemana, siempre y cuando las autoridades de Bonn fueran capaces de contar con el asentimiento norteamericano y soviético.

---

(51) Telegrama de la embajada francesa en Moscú «Entretiens entre le ministre d'État et M. Schevardnadze. Unification allemande», 30 de marzo de 1990. Disponible en [http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document\\_Acrobat12.pdf](http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document_Acrobat12.pdf). Nota n.º 1891/EU de la Subdirección de la URSS (redactada por H. Reynaud) «Rencontre Kohl-Gorbachev en URSS, 15-16 juillet», 18 de julio de 1990. Disponible en [http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document\\_Acrobat19.pdf](http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document_Acrobat19.pdf)

(52) BAUN (1995-6): 617-618. Nota de la Subdirección de Asuntos de Europa Central «La France et l'unification allemande» (redactada por O. Mauvisseau), 4 de abril de 1990, p. 5. Disponible en [http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document\\_Acrobat13.pdf](http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/Document_Acrobat13.pdf)

(53) BAUN (1995-6): 620-621.

Para Francia, las implicaciones de ambos acontecimientos tenían ciertas similitudes: a corto plazo, significaban un debilitamiento del control occidental sobre Alemania y un aumento del poder relativo de esta con respecto a Francia; a largo plazo, era posible que ese incremento de poder generara un cambio en la política alemana, abandonando su posición de colaboración y pudiendo mostrarse más proclive al unilateralismo. Desde el punto de vista de París, esas situaciones eran susceptibles de conllevar un empeoramiento de la seguridad nacional y una pérdida de influencia exterior. En cualquier caso, ni Mendès France ni Mitterrand se opusieron a una Alemania unida, pero la condicionaron a la previa creación de un orden de paz europeo, con el reconocimiento de las fronteras y una garantía de seguridad para la URSS.

En ambos momentos, la política francesa debió responder al desafío del crecimiento del poder alemán, existiendo tres visiones diferenciadas. Por un lado, los partidarios de una línea tradicional pensaban que ese incremento constituía una amenaza que debía ser equilibrada mediante alianzas de contrapeso con otras potencias. Una segunda corriente propugnaba, por el contrario, el establecimiento de lazos de carácter federalizante con Alemania, creando una conjunción de intereses y unas instituciones comunes que permitirían controlar su poder, si bien Francia quedaría también atada. Por último, cabía la posibilidad de optar por una línea intermedia, que combinara la creación de vínculos con el vecino alemán, pero evitando que estos constriñeran demasiado la libertad de acción de París, al tiempo que se debía buscar la participación de otras potencias en la seguridad continental, pero sin que ello supusiera que Francia quedara subordinada a las directrices emanadas de estas. Precisamente, ese deseo de libertad de acción explica su opción nuclear y las dificultades históricas de conciliarla tanto con el marco OTAN como con su relación bilateral con la RFA.

En este sentido, un paralelismo evidente es que en ambas situaciones los dirigentes franceses optaron finalmente por la vía intermedia. Así, Mendès France consideró que el proyecto federalista de la CED convertiría a Francia en una potencia menor, ya que debería supeditar su política exterior al consenso con sus socios europeos, el cual resultaría difícil de alcanzar para unos países con intereses muy divergentes. Sin embargo, también rechazó una visión nacionalista empeñada en mantener a Alemania en una posición de prostración y desarme. Al contrario, los Acuerdos de París resultaron un paso decisivo para la reintegración de la RFA en la comunidad occidental, si bien sin lograr una plena igualdad. Por otra parte, Mendès France mantuvo su compromiso con el Tratado CECA, pero buscando la participación de Reino Unido en la construcción europea y asegurando que este país y Estados Unidos siguieran vinculados con la defensa del continente. En otras palabras, en la visión del primer ministro francés, ya se prefiguraba una división del trabajo entre una integración económica europea de carácter «carolingio», frente a un sistema defensivo transatlántico.

Por su parte, en 1989 Mitterrand prefirió igualmente una tercera vía, que debía implicar su apoyo a un lento proceso de aproximación interalemana enmarcado en la distensión europea y en la superación del orden de Yalta, el cual daría paso a una convergencia continental en la que se enmarcaría la unidad alemana. Cuando este proyecto demostró su falta de conexión con la rapidez de los acontecimientos en el Este, Mitterrand aceptó la urgencia de Kohl en alcanzar rápidamente la unidad, pero exigiéndole una serie de gestos que mostraran a las claras el compromiso alemán con Occidente y con el mapa de posguerra. Precisamente, esa preferencia por la vía intermedia le hizo propugnar una solución federalizante en el terreno de la unión económica y monetaria europea, al tiempo que optó por una unión política que avanzara más lentamente, basándose en una progresiva definición de intereses comunes que aún estaba lejos de conseguirse. Y por ello mismo, ese avance se daría dentro de una vía intergubernamental, lo que permitiría que Francia pudiera conservar su capacidad de maniobra individual en aquellos temas en los que tal solución resultara más apropiada para sus intereses.

No obstante, en estos dos momentos históricos se dieron algunas notables diferencias. Así, la distribución de poder relativo en ambos episodios resulta notablemente dispar. A comienzos de los años 50, el poder de Estados Unidos dentro del bloque occidental era incomparablemente más elevado que en 1989, con una Europa en reconstrucción y una Francia que dependía de Washington para su supervivencia económica y para conservar su imperio colonial, además de para su defensa frente a la URSS. Por el contrario, en 1989 la URSS no parecía ya un peligro militar, mientras que la economía y la seguridad de Francia se encontraban firmemente asentadas. Otra diferencia radicaba en que la RFA de 1989 era incomparablemente más poderosa que la recién nacida República de Bonn en tiempos de Adenauer, lo que le permitía mucha más autonomía de acción.

Paradójicamente, en 1954 Mendès France contó con una influencia más amplia que la que poseyó Mitterrand en 1990, lo cual se puso en evidencia en su capacidad para dejar morir el proyecto CED a pesar de las presiones norteamericanas. Además, el primer ministro francés logró un compromiso firme por parte de Washington y Londres en lo relativo a mantener de forma indefinida una considerable presencia militar en el continente, algo que ambos habían tratado de evitar. Todo ello nos hace pensar que la influencia política de un Estado en las decisiones internacionales no es simplemente una proyección de su poder relativo, sino que en circunstancias de gran rivalidad entre distintas potencias es posible para actores más pequeños el maniobrar entre estas para alcanzar sus objetivos.

Por su parte, en 1989 el presidente Mitterrand vivía en un mundo muy diferente, en el que la distensión Este-Oeste otorgaba a Washington mucha más libertad de acción con respecto a Europa, pudiendo limitar los recursos comprometidos en su defensa o incluso barajar la posibilidad de una retirada. Por otra

parte, la gran fortaleza de los vínculos institucionales creados entre París y Bonn (junto a sus socios europeos) a lo largo de 40 años hacía mucho más compleja una política de bloqueo de la unidad alemana, la cual habría dado al traste con todo ese tejido de relaciones. Además, la opinión pública francesa en 1989 no veía a Alemania de la misma forma que en 1954. En ese contexto, Francia no podía bloquear la unidad alemana, pero sí que podía usar su influencia para facilitar el proceso o para crear sombras sobre el mismo, colocando al canciller Kohl en dificultades. Durante las últimas semanas de 1989 y el comienzo de 1990 Mitterrand percibió que la política alemana iba demasiado deprisa y evitaba algunas decisiones importantes, generando dudas sobre su fiabilidad como socio en el futuro. No obstante, una vez pasadas las elecciones en la RDA, Kohl acabó por dar los pasos demandados por París. En definitiva, si bien la capacidad de maniobra de Mitterrand resultaba bastante reducida y pese a no ser capaz de proyectar una imagen positiva hacia la opinión pública alemana, sí consiguió combinar la unidad alemana con el avance en ciertos terrenos de la construcción europea que resultaban esenciales para los intereses de Francia, al tiempo que evitaba un excesivo federalismo que podría haber socavado la condición de potencia mundial de su país.

## 6. CONCLUSIONES

La conclusión más evidente de este estudio es la notable continuidad de la política exterior francesa con respecto a Alemania y a Europa desde la posguerra mundial, basada en el objetivo de mantener su estatus de potencia mundial y en su voluntad de liderazgo continental. Debido a su debilidad, Francia recurrió a opciones de cooperación e integración europeas para compatibilizar la garantía de su seguridad y la conservación de un papel relevante en el mundo. De ahí su preferencia por soluciones intermedias y su rechazo a fórmulas federalistas en el terreno de la política exterior y la seguridad. Ello permite entender por qué la opción predilecta para Francia fue la de una OTAN gobernada por un directorio tripartito de potencias nucleares y por qué, en su ausencia, aceptó la pervivencia de la organización, ya que constituía una opción subóptima que garantizaba la seguridad nacional, pero al precio de limitar la libertad de acción de Francia en razón del liderazgo norteamericano.

En este artículo hemos visto también la enorme influencia que el gobierno Mendès France tuvo en el establecimiento de una división del trabajo en las instituciones occidentales, con unas Comunidades Europeas volcadas en la economía y una defensa de carácter transatlántico. Y también el notable papel que Mitterrand jugó a la hora de anclar a la Alemania unida en la UE mediante la moneda única, pero sin que ello significara el tránsito a una federación europea en el terreno político. Finalmente, estos casos también constituyen un buen ejemplo de la capacidad de influencia de las ideas en la política exterior de un país y de su pervivencia en el tiempo, dejando sentir sus efectos durante largos periodos.



## 7. BIBLIOGRAFÍA

- ATTALI, JACQUES (1995): *Verbatim*, Tomo III, París, Fayard.
- ANDERSON, JEFFREY (1999): *German Unification and the Union of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BAUN, MICHAEL (1995-6): «The Maastricht Treaty as High Politics: Germany, France, and European Integration», *Political Science Quarterly*, vol. 110, n.º 4, pp. 605-624.
- BAUN, MICHAEL (1996): *An Imperfect Union*, Boulder, Westview Press.
- BITSCH, MARIE-THÉRÈSE (1987): «Un rêve français: le désarmement économique de l'Allemagne», *Relations Internationales*, n.º 51, pp. 313-329.
- BOZO, FRÉDÉRIC (2007): «Mitterrand's France, the End of the Cold War, and German Unification: A Reappraisal», *Cold War History*, vol. 7, n.º 4, pp. 455-478.
- (2009): *Mitterrand, the End of the Cold War and German Reunification*, Nueva York, Berghahn Books.
- BURGESS, MICHAEL (2000): *Federalism and the European Union: The Building of Europe, 1950-2000*, Londres, Routledge.
- CHEVÈNEMENT, JEAN PIERRE (1996): *France-Allemagne: Parlons franc*, París, Plon.
- CRESWELL, MICHAEL (2002a): «With a Little Help from Our Friends: How France Secured an Anglo-American Continental Commitment, 1945-54», *Cold War History*, vol. 3, n.º 1, pp. 1-28.
- (2002b): «Between the Bear and the Phoenix: The United States and the European Defence Community, 1950-54», *Security Studies*, vol. 11, n.º 4, pp. 89-124.
- y TRACHTENBERG, MARK (2003): «France and the German Question, 1945-55», *Journal of Cold War History*, vol. 5, n.º 3, pp. 5-53.
- DE KERCKHOVE VAN DER VARENT, FERRY (1972): *Pierre Mendès France et la Communauté Européenne de Défense. Une étude décisionnelle*. Tesis Doctoral, Departamento de Ciencia Política, Universidad de Ottawa.
- DIEKMANN, KAI y REUTH, RALF G. (1997): *Helmut Kohl: yo quise la unidad de Alemania*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- DINAN, DESMOND (2010): *Ever Closer Union*, Hampshire, Palgrave Macmillan.
- DUFOURQ, BERTRAND (2000): «2+4 ou la négociation atipique», *Politique Étrangère*, vol. 65, n.º 2, pp. 467-486.
- DWAN, RENATA (2001): «Jean Monnet and the European Defence Community, 1952-1954», *Cold War History*, vol. 1, n.º 3, pp. 141-160.
- DYSON, KENNETH y FEATHERSTONE, KEVIN (1999): *The Road to Maastricht: Negotiating EMU*, Oxford, Oxford University Press.
- ELGEY, GEORGETTE (1968): *La République des contradictions, 1951-54*, París, Fayard.
- FAVIER, PIERRE y MARTIN-ROLAND, MICHEL (1998), *La décennie Mitterrand*, Tomo III, París, Seuil.
- FORSBERG, THOMAS (2005): «Economic Incentives, Ideas, and the End of the Cold War: Gorbachev and German Unification», *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, n.º 2, pp. 152-161.

- GAVÍN MUNTÉ, VÍCTOR (2005): *La Comunidad Europea de Defensa (1950-1954), ¿Idealismo europeo o interés de Estado?*, Tesis Doctoral, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Barcelona.
- GENSCHER, HANS-DIETRICH (1998): *Rebuilding a House Divided*, Nueva York, Broadway Books.
- HARRISON, MICHAEL (1981): *The Reluctant Ally: France and Atlantic Security*, Baltimore, Johns Hopkins University.
- HEISBOURG, FRANÇOIS (1998): «French and German Approaches to Organizing Europe's Future Security and Defense: A French Perspective», en CALLEO, DAVID y STAHL, ERIC (eds.), *Europe's Franco-German Engine*, Washington D.C., The Brookings Institution, pp. 47-69.
- HITCHCOCK, WILLIAM (1998): *France Restored: Cold War Diplomacy and the Quest for Leadership in Europe, 1944-54*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- HOFFMANN, STANLEY (1966): «Obstinate or Obsolete? The Fate of the Nation State and the Case of Western Europe», *Daedalus*, n.º 95, pp. 862-915.
- (1987): «La politique internationale de Mitterrand ou le gaullisme sous un autre nom», en HOFFMANN, STANLEY y ROSS, GEORGE (eds.), *L'expérience Mitterrand. Continuité et changement dans la France contemporaine*, París, PUF, pp. 374-382.
- HOGAN, MICHAEL (1987): *The Marshall Plan: America, Britain and the Reconstruction of Western Europe, 1947-52*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JARAUSCH, KONRAD (1994): *The Rush to German Unity*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press.
- JOFFE, JOSEPH (1984): «Europe's American Pacifier», *Foreign Policy*, n.º 54, pp. 64-82.
- KROTZ, ULRICH (2002): «National Role Conceptions and Foreign Policies: France and Germany Compared», *Working Paper Series* n.º 1, Minda de Gunzburg Center for European Studies, Universidad de Harvard.
- LARGE, DAVID CLAY (1996): *Germans to the Front: West German Rearmament in the Adenauer Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- LELLOUCHE, PIERRE (1990): «Lendemain de fête ou comment ne pas rater notre sortie de Yalta», *Politique Internationale*, n.º 47, pp. 98-120.
- LION BUSTILLO, JAVIER (2008): *La reunificación alemana y la seguridad europea*, Valencia, Edicions La Xara.
- (2009): «La reunificación alemana y la Teoría de las Relaciones Internacionales», *Revista de Historia Actual*, n.º 7, pp. 133-145.
- LORDON, FRÉDÉRIC (1998): «The Logic and Limits of Désinflation Compétitive», *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 14, n.º 1, pp. 96-113.
- LUDLOW, PIERS (2008): «A Naturally Supportive Environment? The European Institutions and German Unification, 1989-90», en LUDLOW, PIERS; BOZO, FRÉDÉRIC; REY, MARIE-PIERRE y NUTI, LEOPOLDO (eds.), *Europe and the End of the Cold War: A Reappraisal*, Abingdon, Routledge, pp. 161-174.
- LUNDESTAD, GEIR (1998): *Empire by Integration: The United States and European Integration*, Oxford, Oxford University Press.
- MARSH, DAVID (1994): *Germany and Europe: The Crisis of Unity*, Londres, Heinemann.

- MENDÈS FRANCE, PIERRE (1954): *Gouverner c'est choisir*, Tomo I, París, Julliard.
- MC CARTHY, PATRICK (1993): «Condemned to Partnership: The Franco-German Relationship, 1944-1983», MC CARTHY, PATRICK (ed.), *France-Germany, 1983-93: The Struggle to Cooperate*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 1-26.
- (1998): «The Franco-German Axis from de Gaulle to Chirac», en CALLEO, DAVID y STAHL, ERIC, *Europe's Franco-German Engine*, Washington D.C., Brookings Institution, pp. 101-135.
- MILWARD, ALAN (2000): *The European Rescue of the Nation-State*, Londres, Routledge.
- MITTERRAND, FRANÇOIS (1996): *Memorias interrumpidas*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile.
- PADOA-SCHIOPPA, TOMMASO (1994): *The Road to Monetary Union in Europe: The Emperor, the King and the Genies*, Oxford, Clarendon Press.
- PARSONS, CRAIG (2003): *A Certain Idea of Europe*, Ithaca, Cornell University Press.
- RISSE, LINDA (2007): *Divided We Stand: The French and Italian Political Parties and the Rearmament of West Germany*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle.
- RUANE, KEVIN (2002): «Agonizing Reappraisals: Anthony Eden, John Foster Dulles and the Crisis of European Defence, 1953-54», *Diplomacy and Statecraft*, vol. 13, n.º 4, pp. 151-185.
- SCHABERT, TILO (2009): *How World Politics Is Made: France and the Reunification of Germany*, Columbia, University of Missouri Press.
- SOUTOU, GEORGE HENRI (1989): «La politique nucléaire de Pierre Mendès France», *Relations Internationales*, n.º 59, pp. 319-322.
- TELTCHIK, HORST (1994): *329 días: desde la caída del Muro hasta la reunificación alemana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- WALKER, MARTIN (1999): *The Cold War. A History*, Nueva York Henry Holt & Co.
- ZELIKOW, PHILIP y RICE, CONDOLEEZA (1995): *Germany Unified and Europe Transformed*, Cambridge Ma., Harvard University Press.

